

Los fundamentos del Estado Nacional Moderno en «*El Príncipe de Machiavelo*»

Marco Antonio Martínez Zamora¹

Abogado. Egresado de la Maestría en Derecho con Mención en Derecho Constitucional de la Pontificia Universidad Católica del Perú y estudios de pre-grado en el mismo centro de estudios.

*Virtù contro a furore
Prenderà l'arme, e fia el combatter corto;
Che l'antico valore
Nell'italici cor non è ancor morto.*

Petrarca (Citado por Machiavelo en El Príncipe)

*El bien y el mal son uno
Heráclito, Fragmento 58*

1.- INTRODUCCIÓN

No cabe duda que entre los personajes que han causado mayor controversia en la historia del pensamiento no podemos prescindir de la figura de Nicolás Machiavelo, aquel funcionario de la extinta república florentina que revolucionó el pensamiento político europeo luego de dar a la luz un pequeño libro de *espejo para príncipes*, a principios del siglo XVI. Pocas veces se han dado opiniones extremas y contrapuestas en forma tan abundante como respecto a las opiniones vertidas por el florentino. Su figura ha sido execrada o ensalzada alternativamente, sus planteamientos combatidos o defendidos, y lo que es más, interpretados en forma antagónica. Su nombre incluso ha quedado incorporado al idioma castellano como sinónimo de astucia y doblez.²

Asimismo, y con respecto a su obra *El Príncipe*, pocas veces se puede encontrar que sobre un mismo texto, aparentemente claro, como lo señala Isaiah Berlin,³ se hayan dado interpretaciones tan variadas como para considerar a su autor como un moralista

o un amoral, revolucionario, visionario, idealista, antiburgués, retrógrada, obtuso, pesimista, predicador del egoísmo, ángel de la muerte, demonio o simplemente político

Pero el tema que resulta de nuestro interés para el presente trabajo es aquel en el que Machiavelo muestra una careta distinta al análisis docto que muestra en la mayor parte de *El Príncipe* e incluso en sus *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*, es lo que Leo Strauss⁴ denomina el aspecto panfletario de la obra, al referirse al tema tratado en el Capítulo XXVI de su Tratado sobre *El Príncipe*, el cual parece pretender justificar lo expuesto en los capítulos anteriores, y que llevó a posteriores autores a sintetizar la doctrina del florentino como aquella según la cual **el fin justifica los medios**. Nos referimos específicamente a la "Exhortación para liberar a Italia de los bárbaros", que algunos han visto como los sueños de un apasionado patriota italiano⁵ o como el precursor solitario del

1 Se ha desempeñado como especialista en Derecho Público en diversas entidades públicas. Actualmente es Vocal de la Primera Sala del Tribunal del Consejo Superior de Contrataciones y Adquisiciones del Estado.

2 El Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española califica como maquiavelismo a la doctrina política fundada en la preeminencia de la razón de Estado sobre cualquier otra de carácter moral, en primera acepción y como modo de proceder con astucia, doblez y perfidia en segundo término.

3 Isaiah Berlin "Contra la corriente. Ensayos sobre la historia de las ideas", Fondo de Cultura Económica, México, 1983, pág. 85.

4 Leo Strauss "Meditación sobre Machiavelo", Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1964, págs. 64 y 65

5 Gerhard Ritter "Machiavelo y los orígenes del nacionalismo moderno", En: El Problema Ético del Poder, Biblioteca de Política y Sociología, Revista de Occidente, Madrid, 1972, pág. 50.

nacionalismo italiano⁶, y que otros, como Carl Schmitt, ponen en duda⁷. En este sentido, Machiavelo tampoco se libra de las distintas interpretaciones que lo delinearán como el autor de un luminoso y sincero nacionalismo o como el ruín adulador que busca sólo la aceptación de su Príncipe.

De esta manera, consideramos que el análisis respecto a la existencia de un esbozo de nacionalismo en el pensamiento maquiavélico y la anunciación del Estado Nacional moderno en el carácter de su obra, tiene una triple importancia: En primer término nos ayudará a comprender si Machiavelo era un autor moderno o aún estaba demasiado comprometido con el pensamiento político antiguo, puesto que ni su pesimismo respecto a la naturaleza humana, ni su concepción del ejercicio de los derechos ciudadanos son elementos suficientes para dilucidarlo. En segundo término nos permitirá analizar si existe un proyecto político adicional al simple ejercicio del Poder por sí mismo; y por último si la existencia de este esbozo de nacionalismo engarza con el pensamiento político inmediatamente posterior o si por el contrario, constituye un caso aislado cuya preocupación sólo habría sido retomada a partir de la segunda mitad del siglo XVIII.

Al respecto, debemos indicar que nuestra preocupación por el tema no resulta ahistórica. Conocidos fueron los métodos con los cuales se llevaron a cabo la unificación de Italia y Alemania en el siglo XIX, cuya división política en ambos casos superaba largamente el primer milenio, o tal como ocurrió con Rumania en 1919. No resulta posible negar la existencia en estos casos de la misma emoción que Machiavelo, al menos aparentemente, utiliza en su exhortación, en todo caso profética a la unificación de su patria grande. Puesto que la historia del mundo está llena de procesos de fragmentación y unificación, es probable que algún día estemos hablando también de la reunificación del espacio andino, repitiendo, quien sabe, las mismas palabras de emoción que a partir de Machiavelo empezaron a divulgarse con el postrer advenimiento del nacionalismo o, más actualmente, con los procesos de integración supranacionales, como el caso europeo.

2.- EL PRINCIPE COMO PANFLETO

Leo Strauss al plantear sus reflexiones sobre *El Príncipe* de Machiavelo considera que existen dos aspectos delimitables en el libro. El primero es aquel referido a un análisis, en apariencia frío, de la estructura del Poder y de la forma como puede conservarse o adquirirse este, especialmente en el caso de los nuevos principados. El segundo, aparece como un apasionado llamamiento a la unidad italiana y estaría representado esencialmente por el Capítulo XXVI de dicha obra. Así, por un lado, Machiavelo utiliza un modo inductivo para deducir reglas y principios generales, abstractas y atemporales, y por el otro efectúa una exhortación para fines particulares y específicos, sin pretender la rigurosidad de la primera parte antes que obtener la aceptación y beneplácito del destinatario.

Esto nos lleva directamente al carácter unívoco o biunívoco del texto. Es decir, si estamos ante dos discursos de distinto carácter dentro del mismo texto, o si por el contrario, ambas partes se encuentran suficientemente ligadas entre sí, para considerar ambas como una unidad y la una como consecuencia de la otra. La primera posición nos llevaría a sustentar el carácter panfletario de su exhortación para la liberación de Italia de los bárbaros. En este sentido coincidirían quienes desconfían de la coherencia y sinceridad de este segmento respecto al resto de la obra⁸, de tal manera que podría prescindirse del Capítulo XXVI sin que esto afecte la estructura del libro ni su mensaje, que vendría a ser un tratado sobre el Poder en tanto si mismo.

La posición contraria nos llevaría en cambio a sustentar que la exhortación final de la obra es la que dota de sentido a los capítulos restantes, de tal manera que estos encuentran su completa dimensión, revelándose no sólo el espíritu del autor, sino también aceptando necesariamente la existencia de al menos un mínimo telos distinto a la búsqueda del poder por sí mismo⁹. Desde esta posición sería difícil considerar la existencia de un elemento panfletario en *El Príncipe*, salvo que lleguemos a la conclusión que toda la obra es un panfleto.

6 Hans Kohn "Historia del Nacionalismo", Fondo de Cultura Económica, México, 1949, pág. 147.

7 Carl Schmitt "La Dictadura", Biblioteca de Política y Sociología, Revista de Occidente, Madrid, 1968, pág.38.

8 Carl Schmitt, op cit. pág. 38

9 En este sentido Gerhard Ritter en su obra citado anteriormente, sostiene que las reflexiones de Machiavelo han sido formuladas con el propósito de mejorar la situación política italiana y que lleva consigo los elementos desarrollados posteriormente por el nacionalismo clásico, sustentándose para ello no tanto en el propio Príncipe o en los Discursos, sino muy especialmente en "La Historia de Florencia" escrita por Machiavelo por encargo de Julio de Médicis.



Este es el primer tema que debe ser resuelto en el presente ensayo. Si consideramos que la obra tiene un carácter unívoco, podremos hallar en el conjunto de la obra la concepción de estado nacional que esboza el autor¹⁰, así como los fundamentos que lo sustentan y justifican. Por el contrario, si sostenemos el carácter panfletario del Capítulo XXVI de *El Príncipe*, deberemos concluir, consecuentemente, que este es ajeno a la obra en su conjunto, prescindible, de tal manera que esta falta de rigurosidad de la segunda parte haría inviable la búsqueda de una concepción racional del estado nacional en Machiavelo, limitándonos a constatar la existencia de una mera conciencia de una Patria Grande o en su defecto, la simple utilización de una idea vaga y flotante en la Italia de los siglos XV y XVI, con prescindencia que esta pueda haber sido considerada irrealizable o posible. Esta última posibilidad restaría todo interés en el análisis del esbozo del nacionalismo en Machiavelo en el contexto de la Historia de las Ideas Políticas, puesto que su concepción no sería distinta al mero sentimiento de Patria, común en muchos contemporáneos suyos.

El carácter biunívoco del libro, decididamente implicaría el desmedro de las consideraciones panitálicas de Machiavelo, puesto que ante el análisis de como un Príncipe, y especialmente un Príncipe nuevo, puede acrecentar y conservar su Estado, aplicable por igual a los amigos y enemigos de la unidad italiana, sujetos todos ellos a reglas naturales en el ejercicio del Poder, la sinceridad de la exhortación nacional, de esta manera, se vería reducida a un aspecto prescindible del pensamiento machiavélico, máxime si su autor es un destituido funcionario de la defenestrada República de Florencia en pos de congraciarse y entrar al servicio de los Medicis, dispuesto por tanto a alabar las glorias ciertas o no de la poderosa familia y recurrir a lugares comúnmente aceptables¹¹.

En nuestra opinión es justamente un defensor del carácter panfletario del Capítulo XXVI quien nos

da la clave para resolver el tema, paradójicamente en el sentido contrario al concebido por el autor. En efecto, Leo Strauss sostiene que ambas no se encuentran divididas por un abismo insalvable, puesto que, según lo afirma Strauss¹² la segunda parte aparece como una consecuencia necesaria de la primera, en donde la soterrada alusión a los hechos contemporáneos a la obra va creando una conciencia en el lector respecto a la conveniencia de adoptar decisiones políticas conducentes a obtener la independencia de Italia, la patria grande. Como resulta obvio, esas decisiones políticas que deberán observar los príncipes para la consecución de tal noble fin, son las que autor brinda en la sección "Científica" del libro.

En consecuencia, no existiría únicamente una unidad estética en la obra, destinada a evitar el sabor amargo de una conclusión amarga y pesimista respecto a la conducta que debe observar un Príncipe, sino que durante toda la exposición de la misma se va delineando a través de los ejemplos históricos o contemporáneos de Machiavelo la tensión existente entre un glorioso imperio romano y la caótica Italia de los siglos XV y XVI, humillada y ofendida por potencias extranjeras que se adelantaron a los Italianos en la construcción de un Estado Unificado "Nacional"¹³.

Al igual que Hobbes, Mariana, Suárez, Locke, Hegel, por citar sólo algunos ejemplos, Machiavelo esboza sus afirmaciones partiendo de la realidad concreta de su entorno, de la cual deduce sus certezas. Cuando habla de principados y repúblicas, de milicias, religión, y en general, se refiere a la situación de conflicto dentro de la cual debe desenvolverse el Príncipe y permitirse su permanencia y engrandecimiento, está tomando obviamente como referencia a la situación política italiana, luego de la extinción de las luchas universalistas entre el Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y el Papa, y en medio de un proceso de consolidación de autocracias locales, presencia extranjera y debilidad de la autoridad

10 Cuando en el presente trabajo nos referimos al carácter nacional, nacionalista o al Estado Nacional en la obra de Machiavelo, lo estamos haciendo en sentido lato, fundacional, puesto que estos términos en su concepción actual lograron su pleno desarrollo posteriormente, durante los siglos XVIII y XIX.

11 A efectos de esta afirmación, resulta irrelevante que la posición panitálica de Machiavelo sea sincera o no. En caso considerásemos que existe un Príncipe panfletario a diferencia de un Príncipe "científico" en la obra de Machiavelo, el primero de ambos no tendría otro carácter sino el de mero ejemplificador del segundo, al igual que los ejemplos históricos o contemporáneos que el autor utiliza en cada una de sus alocuciones. De este modo, el aspecto panfletario no sólo sería prescindible y ajeno al núcleo central de la obra, sino que además su materia quedaría excluida de toda posible discusión en torno a la existencia de un telos en la obra del florentino.

12 Leo Strauss, op.cit pág. 74.

13 Leo Strauss resalta en este aspecto que los hechos contemporáneos a Machiavelo mencionados como sustento de sus afirmaciones se refieren únicamente a aspectos políticos vinculados directamente con la situación italiana de principios del siglo XVI, ya sea se trate de los gobernantes implicados, la organización y eficacia de la milicia o de la alternancia entre *virtú* y *fortuna*.

papal, como órgano político, para asegurar un control sobre el territorio italiano tal como en su momento lo consiguió el rey de Francia o lo estaba logrando el rey de España, respecto de sus territorios.

Esta elaboración de Teoría Política en base a las realidades concretas de un país determinado no puede, sin embargo, llevarnos a considerar que en la obra de Machiavelo, y especialmente en *El Príncipe*, existe una combinación entre reglas generales y particulares que le otorgue dos naturalezas distintas al texto. En efecto, cuando Hobbes escribió su *Leviathan*, una centuria después, resultaba evidente que la misma tomaba su referencia en la realidad inmediata de Inglaterra, de sus conflictos teológico-políticos y de la guerra civil que había llevado a la muerte del rey y la instauración del régimen del Lord Protector, Oliverio Cronwell. El hecho de que Hobbes no mencionara expresamente estos acontecimientos no implica que podamos obviarlos. En todo caso, se trata de una cuestión metodológica, puesto que el planteamiento de Hobbes nace de una elaboración racional deductiva, mientras que Machiavelo utiliza un discurso y razonamientos inductivos que sustenta en la autoridad de su experiencia y en la historia.

De este modo, ni la realidad del entorno de la obra de Machiavelo, ni las preocupaciones que abordaban a sus contemporáneos pueden ser dejadas de lado al considerar el carácter y oportunidad de su obra. Dicho en otros términos, podemos afirmar que cuando el florentino escribe *El Príncipe* (o *Los Discursos*), debía tener presente la realidad del entorno político y las necesidades que este demandaba, que dentro de un contexto conflictivo, venían a ser la conservación del Poder y el fortalecimiento del mismo, a fin de hacer frente no sólo a los enemigos internos, sino también a los externos, los cuales dentro de un proceso de formación de los Estados Nacionales venían a ser en primer término los reinos español y francés, tempranamente unificados e interesados en intervenir en el destino de las distintas repúblicas y principados de la península itálica.

Esto nos lleva a afirmar que en la obra existe un objetivo unívoco, de tal manera que la inclusión de elementos nacionales panitalianos no debe extrañarnos, ni puede llevarnos a considerar una

dualidad en las materias tratadas en *El Príncipe* existe, evidentemente, un elemento subjetivo, pasional incluso, pero necesario para entender la concepción política de Machiavelo. Esto hace irrelevante dilucidar si estamos frente a un Panfleto o un Tratado de Ciencia Política: Sea uno u otro, se trata de una obra unívoca, de tal manera que será enteramente un panfleto o enteramente un tratado, y desde ambas perspectivas nos resulta útil para proceder a analizar los esbozos de nacionalismo en la obra de Machiavelo.

3.- LA CARENCIA DE NOVEDAD DE LA IDEA DE LO NACIONAL

Tal como hemos anticipado en el acápite anterior, los siglos XV y XVI vieron el nacimiento de una conciencia de Patria Panitaliana en ciertos sectores ilustrados de la península. Esta noción se encontraba en permanente tensión con una noción mucho más limitada, que era el de la Patria Pequeña, localista, en buena medida feudal, que la hacía coincidir con las pequeñas ciudades-estado italianas o con pequeños o medianos reinos locales. El hecho de que, políticamente, esta posición localista terminara prevaleciendo hasta bien entrado el siglo XIX, no resta importancia a la entelequia panitaliana coexistente.

«...en El Príncipe existe, evidentemente, un elemento subjetivo, pasional incluso, pero necesario para entender la concepción política de Machiavelo...»

Puede constatar que si bien las restantes afirmaciones de Machiavelo en *El Príncipe* están respaldadas en hechos históricos, exactos o no, la exhortación panitaliana en cambio, prescinde de dicha fundamentación. En realidad se da por sentada la validez de la idea en sí misma, esperándose

simultáneamente una espontánea aceptación del lector a quien estaba dirigida, lo que ha llevado a Carl Schmitt y a Leo Strauss a considerar que esta exhortación, antes que plantear un objetivo real y realizable, tiene como objeto congraciarse con el príncipe destinatario y justificar la crudeza de las afirmaciones vertidas en el resto del libro. De uno u otro, quedaría claro que una perspectiva panitaliana no sólo era posible, sino además podría ser considerada como justificante de una obra políticamente descarnada.

Pero las raíces de este panitalianismo, en el que Machiavelo creyó o en todo caso utilizó, no deben buscarse en el mundo renacentista, ni en la consolidación de los grandes estados del norte y el oeste que venían asolando la península itálica desde



el fatídico año de 1494. Machiavelo, tanto en *Los Discursos* como en su *Historia de Florencia*, efectúa una reiterada defensa de las virtudes paganas de la antigüedad y en *El Príncipe* efectúa una identificación de su Italia contemporánea con el antiguo Imperio Romano, de tal manera que este aparece como el antecesor histórico de la Italia medieval y moderna¹⁴. Esto hace evidente la existencia de un proceso de traslación por el cual participaban del mismo sustento de identidad histórica, no sólo los habitantes de la propia Roma, la Romaña en general, o las tardías capitales del Imperio de Occidente, Milán y Rávena, sino también los descendientes de los pueblos conquistados por los romanos, tales como los etruscos, cuya región conformó posteriormente la Toscana, en la cual se ubicaba Florencia.

Este proceso de traslación se explica en base a dos factores, en principio conflictivos: Por un lado la pervivencia de la Idea de Imperio (tema que será tratado en el próximo acápite) y, por el otro, la autonomía italiana frente al mismo, luego que su eje se desplazara a Bizancio, primero, y a Alemania después.

Aún antes que Odoacro, rey de los hérulos, devolviera las insignias imperiales que habían pertenecido a Rómulo Augustulo al Emperador Romano de Oriente, proclamándose rey de Italia, esta se había convertido en la última posesión de los gobernantes de Rávena, en un proceso de deterioro que se había iniciado casi imperceptiblemente unos tres siglos previos al año 476 de nuestra era. Es a partir de entonces que Italia conoce una existencia como unidad política, diferenciada de la antigua vocación imperial de la vieja Roma, subsistente en Bizancio. El reino instaurado por Odoacro y llevado a su máximo esplendor por Teodorico no perdió sin embargo su identidad con la reconquista de la

península entera efectuada por Justiniano, aún cuando pasase a conformar una provincia del Imperio Romano de Oriente, puesto que es a partir de entonces que la ya creciente figura del Papado¹⁵ cobra una mayor importancia como autoridad, inicialmente moral y después política, invariablemente presente en el resto de la historia de Italia.

En este proceso, la autoridad del Emperador, exógena a la península, a diferencia del Papado, podía ser sustentada, justificada y defendida por quienes tenían una visión universalista de la Europa Medieval, tal como en su momento lo hizo Dante Alighieri, en contra del Papado, el cual asimismo actuaba dentro de la misma óptica universal. Pero una vez debilitada la idea del Imperio y venida a menos la autoridad de Iglesia, que se manifestó especialmente en el cautiverio del Papado en Avignon, la identidad romana halló libre camino, máxime si el renacimiento y el humanismo tenían su propio sustento en el rescate de las ideas y tradiciones que ella representaba¹⁶.

El tiempo de Machiavelo nos lleva, en consecuencia, a una península vinculada por un sustento histórico y una cultura que consideraba común, fomentada por el debilitamiento del universalismo defendido por el Imperio y la Iglesia medievales y en general por un sentimiento de identidad que no tenía su explicación en la razón, sino en las multiplicidades de motivos que dan origen a las nacionalidades, junto a las necesidades prácticas y urgentes que hacían necesario que ese conglomerado político ya identificado, pueda hacer frente a otros conglomerados, políticamente ya unificados. Esta vinculación subsistía sin embargo con la noción localista de Patria, de la cual el propio Machiavelo no era ajeno¹⁷.

- 14 La identificación entre Imperio Romano e Italia Medieval Contemporánea tiene un incontestable sustento histórico y de continuidad geográfica, similar al que existe entre el Tahuantinsuyo y el Perú, Bolivia y Ecuador contemporáneos, pese a que en uno y otro caso existieron factores políticos, económicos y étnicos que alteraron y en todo caso interrumpieron la continuidad del Estado y la composición de su población.
- 15 San Gregorio Magno, Obispo de Roma, ante la lenidad de las autoridades bizantinas para frenar la invasión de los lombardos asumió la defensa de Roma, nombrando generales, negoció con el enemigo y celebró tratados sin el consentimiento de las autoridades imperiales, convirtiéndose de hecho en la autoridad de la Italia que aún permanecía sujeta a Bizancio. Este proceso se asentaría con la creación de los Estados Pontificios, doscientos años más tarde.
- 16 Mientras se mantuvo vigente la idea del Imperio, las pequeñas repúblicas italianas no podían generar un sentimiento de patriotismo mayor al que los estrechos límites de sus ciudades estado les permitía, tal como ocurrió en las luchas de güelfos y gibelinos, y en donde el Papa, tal como lo afirma Quentin Skinner en su obra sobre Los Fundamentos del Pensamiento Político Moderno, pasó de ser un defensor de las libertades de los estados republicanos a ser su más seria amenaza, llevando a las repúblicas a apoyar alternativamente a las autoridades imperiales o al Papado, conforme lo exigieran sus necesidades de supervivencia. El debilitamiento de la autoridad política papal, como consecuencia de dichas luchas, y su persistencia en la hegemonía universal evitó una temprana formación de un Estado Italiano unificado bajo su cetro, tal como posteriormente lograron hacerlo los monarcas de Francia, España e Inglaterra.
- 17 Gerhard Ritter (Op.cit. pág.51 y ss) sostiene que La Historia de Florencia es la obra en donde mejor se pueden percibir las ideas de Machiavelo, puesto que los temas tratados en los Discursos o en el Príncipe son desarrollados en esta obra histórica sin el corsé que ambas obras políticas exigen. En dicha obra Ritter considera que Machiavelo, antes que limitarse a efectuar una historia de la Toscana o de Florencia en particular efectúa, construye una *Historia Nacional de Italia*, una obra de carácter

4.- LA ORIGINALIDAD EN LA PROPUESTA DE MACHIAVELO

Resulta imposible hurgar en el fondo del alma humana. Nunca podrá establecerse con exacta certeza el sentimiento y el propósito de los seres humanos, máxime si sus observaciones se ubican fuera del ámbito estricto de la razón y se ubican en el área de los sentimientos y las pasiones, que en buena parte ocupan al sentimiento de nación y, en general al de pertenencia a un conglomerado humano determinado. Es por ello que en el presente trabajo, antes que demostrar la sinceridad o falsía de la exhortación efectuada en el capítulo XXVI de *El Príncipe*, pretendemos verificar las implicaciones que esta conlleva en su obra, sin prescindir de ella como en algunas ocasiones se ha pretendido hacerlo¹⁸. Para ello debemos tener presente el carácter unívoco de la obra y la pre-existencia de una idea panitálica que Machiavelo retoma.

Como primera constatación, consideramos que existe un elemento teleológico en *El Príncipe*, distinto al mantenimiento del Poder por sí mismo. En efecto, coherente o no, sistemático o no, la obra pretende justificar su contenido en un objetivo patriótico, aunque para ello tenga que recurrirse a los procedimientos descritos en los primeros veinticinco capítulos de la obra¹⁹. Al respecto, y a fin de dilucidar si dentro de este elemento teleológico existe una concepción de Estado Nacional, o más propiamente dicho un germen del mismo, resulta necesario pasar a considerar tres aspectos congruentes, que vendrían a ser: La prescindencia de la idea del Imperio, la inviabilidad de las Ciudades-Estado, el rol del soberano y el uso de la coerción y la fuerza, tal como pasaremos a detallar a continuación.

4.1.- La prescindencia de la idea del Imperio.-
Sobre los restos del Imperio Romano de Occidente un hervidero de pueblos nuevos y antiguos iniciaron una coexistencia difícil que apenas atisbaba las nacionalidades que en los futuros siglos habrían de formarse en ellos. El Poder se había fragmentado, en parte por la acentuación del sistema feudal y en parte por el surgimiento de tantos reinos como pueblos bárbaros penetraron en el Imperio.

No era la primera vez que colapsaba un Imperio. Asirios, caldeos, egipcios, persas y macedonios habían dominado en su momento el mundo entonces conocido. No era la primera vez tampoco que la caída de un Imperio traía consigo el surgimiento de una pluralidad de entidades políticas, como tampoco lo había sido en otros lugares del mundo ajenas a la tradición occidental, como la India, China y los Andes Peruanos. Pero el derrumbamiento del Imperio Romano no traería consigo el resurgimiento de la Ciudad Estado, la polis de los antiguos griegos. Es más, las ciudades casi desaparecieron en la Europa Occidental y perdieron su importancia y su función política dominante. Este Poder pasó a los grandes señores de la tierra, únicos que conservaron la capacidad de proveer un mínimo de seguridad en tiempos tan turbulentos.

El fin del Imperio Romano tampoco trajo consigo el fin de la idea de un Orden Universal. En el aspecto político, los invasores bárbaros, por lo general, no se atrevieron a desconocer, formalmente, la autoridad del Emperador Romano sobre los territorios invadidos, si bien en los hechos esto no se traducía en beneficio alguno para el alicaído

panitálico donde cobra una importancia relevante la tradición histórica y la búsqueda de continuidad de su Italia contemporánea con la Roma Imperial, sin estar ceñido enteramente a la rigurosidad histórica antes que dicho objetivo. Sin embargo, el mismo autor reconoce que sólo en los últimos libros de su Historia de Florencia el detalle local cede en importancia ante la historia itálica en general y que el destino de Florencia "quedó como corazón del todo, como el más vivo y expresivo ejemplo del destino italiano y punto de partida para todas las consideraciones para sobre verdadera y falsa política". Leo Strauss, por su parte hace hincapié en el hecho que Machiavelo tiene una posición ambigua respecto a la noción de Patria. Al respecto, indica que de los ocho casos que menciona esta palabra en *El Príncipe*, una corresponde a la Italia toda, en seis casos corresponde a ciudades y en el restante se refiere a dos ciudades. Roma y Atenas, y dos países, Persia y Egipto o Canaan (Op.cit. pág. 95).

18 Tal como ocurre en el caso de Carl Schmitt en La Dictadura (Op.cit.).

19 Esto fue lo que dio origen a la tesis según la cual Machiavelo fue el padre de la razón de Estado y que ha sido un punto no controvertido para diversos autores, incluso para tratadistas modernos sobre los nacionalismos, como Khon (Op.cit.). Isaiah Berlin considera en cambio que Machiavelo no fue el creador de la Razón de Estado, por cuanto esta exige un comportamiento excepcional por el cual ante circunstancias determinadas la autoridad política puede dejar de lado los patrones éticos y morales metafísicos; el autor en cambio considera que en el florentino este accionar no deviene en excepcional, sino que se convertía en la regla en tanto se necesitaba una lógica permanentemente distinta a fin de perpetuar al Príncipe en el Poder ("La Originalidad de Machiavelo" En: Contra la Corriente, Ensayos sobre la historia de las ideas, Fondo de Cultura Económica, México, 1983. Al respecto, Quentin Skinner (Op.cit , pág. 159-163) presenta una posición moderada de esta opinión, al concordar con Berlin que Machiavelo plantea una continuada transgresión de las virtudes convencionales, pero sin renunciar a que *El Príncipe* se comporte virtuosamente (En forma convencional), cuando las circunstancias así lo permitan, puesto que *everyone realizes how praiseworthy it is for a prince to honour his word and to be straightforward rather than crafty in his dealings* (The Prince, Penguin Books, 1961, pp.99), de tal manera que lo predicado por el florentino vendría a ser el valor de la prudencia por encima de un fundamentalismo moralista.



emperador. El propio Odoacro reconoció la autoridad del Emperador Romano de Oriente, tal como posteriormente lo hizo su vencedor y sucesor en el trono de Italia, Teodorico, rey de los Ostrogodos. Justiniano durante el siglo VI hizo el último esfuerzo por reconquistar la parte occidental del Imperio y restaurar la unidad política del mundo romano, antes que sus sucesores se resignaran a gobernar sobre un mundo oriental y griego. Finalmente en el año 800, Carlomagno, hasta entonces rey de los Francos y heredero de las tradiciones de quienes dieron fin al mundo antiguo, era proclamado por el Papa como Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

La idea de unidad también se mantuvo en el aspecto religioso. El reconocimiento del Cristianismo como religión oficial del Imperio durante el reinado de Constantino, había traído consigo el derrumbamiento definitivo de la antigua religión pagana y el papel hegemónico de la nueva religión en todo el ámbito del mundo romano. El Papa, que se mantuvo en Roma luego del traslado de la capital del Imperio a Bizancio, mantuvo una independencia desconocida hasta entonces en las autoridades oficiales eclesiásticas y devino con el tiempo en la máxima autoridad y elemento unificador en la Europa Occidental, dominada por los pueblos bárbaros. El universalismo de la Iglesia, coincidente hasta entonces con el Estado Romano, pasó a relacionarse con los heterogéneos poderes surgidos después de su caída, hasta la reconstitución de la unidad formal de la cristiandad con la proclamación del Sacro Imperio en la ciudad de Roma, el cual, salvo lapsos muy breves, fue una entidad débil, incapaz de dominar efectivamente sobre su territorio, demasiado dependiente de los señores feudales y de las ciudades libres.

El debilitamiento de la idea de Imperio-Cristiandad y del rol de la Iglesia en el mismo se hizo patente a medida que avanzaba el proceso de

consolidación de los reyes, quienes con el desarrollo de las ciudades y el comercio contaron con nuevos elementos para debilitar a sus señores feudales y asegurar su autoridad sobre sus Estados. A principios del siglo XVI no cabía duda de la autoridad ejercida por los reyes de Francia, Inglaterra o España²⁰ sobre sus respectivos territorios y la incontestable ventaja que esta consolidación estatal les otorgaba en la política, ya entonces internacional, de la cristiandad occidental. Asimismo, los movimientos de Wicliff y Hans Huss anunciaban ya el inicio del proceso contestatario que llevaría a la Reforma Protestante y la ruptura de la unidad cristiana en Occidente.

Machiavelo es plenamente consciente de estas circunstancias. A diferencia de los pensadores italianos de la baja Edad Media, el Imperio carece ya de importancia y ni siquiera es tenido presente ni en *El Príncipe* ni en *Los Discursos*, lo cual hubiese resultado impensable una centuria atrás. Por otro lado, el Papado había renunciado, en el aspecto político, a su vocación universal, resignándose a disputar el Poder dentro de la Italia Central, lo cual fue motivo de la amarga crítica de Machiavelo, quien consideraba, no sin razón, que a diferencia de los monarcas franceses, españoles o ingleses, el Papa no tenía el Poder suficiente para asegurar el dominio sobre toda la península itálica, pero sí para evitar que cualquier otro príncipe italiano pueda alcanzar dicho fin.

4.2.- La negación de la viabilidad de las Ciudades-Estado.- Si existe una diferencia fundamental entre *El Príncipe* y *Los Discursos*, esta viene a ser el carácter monárquico de la primera y el carácter republicano de la segunda. Este último había sido el régimen político que había caracterizado el renacimiento italiano de la Baja Edad media, cuando el comercio y las artes enriquecieron a las ciudades italianas, especialmente a las del Regnum Italicum²¹,

20 España en su mayor parte, sin embargo no estuvo ligada al Sacro Imperio Romano Germánico, puesto que a raíz de la conquista del país por los árabes y del proceso de reconquista, siguió una evolución paralela, y en muchos aspectos diferente al resto del occidente europeo. Según refieren Hans Khon (Op.cit. pág.133 y ss.) y Claudio Sánchez Albornóz en su obra Orígenes de la Nación Española (De Sarpe, Madrid, 1985, pág. 329-330), los monarcas leoneses habrían utilizado el título de *Imperator*; es más, el primero de los autores nombrados refiere que el último monarca de León, antes de su absorción por Castilla, Alfonso VII fue coronado en el año 1135 como "*imperatore super omnes Hispaniae nationes*".

21 En este acápite debemos mucho a la precitada obra de Quentin Skinner. En esta se precisa que el Regnum Italicum no corresponde a toda la península itálica sino a la parte septentrional de la misma, que había sido incorporada al Sacro Imperio Romano por Otón I en el año 962 y en el cual a partir del siglo XI se desarrollaron con vigor formas republicanas de gobierno, las cuales posteriormente se extendieron a las ciudades de la Italia Central, regidas nominalmente por el Papa, mientras que la región sur del país, conformada principalmente por el Reino de Nápoles, sólo conoció formas monárquicas cuyo desarrollo político y económico no estuvo ni lejanamente a la altura de las regiones del Centro y el Norte.

Debilitada la idea del Imperio, pasado el apogeo de las ciudades-repúblicas y consumada de hecho la independencia de las ciudades del Regnum Italicum respecto al mismo, la distinción del Regnum Italicum como el área nominalmente sometida a los emperadores alemanes perdió su razón de ser, de tal manera que en los tiempos de Machiavelo hablar de Italia equivalía a hablar de la península entera.

despertando las ambiciones imperiales y sumergiendo a Italia en el largo conflicto entre güelfos y gibelinos. Durante los siglos XI, XII y XIII las ciudades del norte de Italia se enfrentaron exitosamente a las fuerzas imperiales, las cuales, en forma cada vez más débil intentaron, infructuosamente, someterlas nuevamente a la autoridad del Emperador. Aseguraron de esta manera su libertad frente al Emperador y su libertad para mantener sus instituciones de gobierno.

Sin embargo, aún antes que el enfrentamiento con el Emperador llegase a su fin, las ciudades-república italianas, dentro de conflictos y desórdenes internos, producto de la emergencia de nuevos sectores sociales, comenzaron a sufrir un lento deterioro de sus instituciones participativas que llevó a concentrar el poder en manos un solo signore, lo que a la larga llevaría a la extinción de las formas republicanas y al surgimiento de nuevos "*principados*". De esta forma, ciudades que habíanse contado entre las primeras en sostener y defender su sistema republicano frente al Emperador, tal como fue el caso de Milán, terminaron entregando el Poder en manos de un caudillo, quien a su vez terminó transfiriéndolo por herencia a su familia. Surgieron así las grandes familias como los Visconti, los D'Este, los Scala o posteriormente los Medici, por citar sólo a las conocidas, cuya sola enunciación era sinónimo de poder en su respectiva ciudad. Asimismo, la defensa de la libertad (positiva) celosamente reivindicada por Marsilio de Padua o Bartolo de Sassoferrato, cedió paso a una nueva ola de autores que justificaron la preeminencia del orden y la estabilidad por encima del derecho del pueblo de participar en el manejo del gobierno de la ciudad.

Fue justamente el avance de los signori, junto con la aparición del humanismo, lo que llevó a diversos autores a efectuar una defensa en gran escala de los valores políticos característicos de las ciudades-repúblicas²², en un proceso que, iniciado a principios del siglo XIV llegó a su máximo apogeo en la Florencia de fines del mismo siglo y principios del siguiente. Los defensores humanistas de las ciudades - repúblicas creían posible alcanzar las virtudes cívicas y el sacrificio de los intereses

particulares sobre los de la república. Retoman en buena medida las posiciones comunitaristas de los estoicos que preponderaron durante la República Romana, referidas por Cicerón principalmente, así como la tradición de las instituciones de dicha república romana y aún, en alguna medida, el propio desarrollo de las posiciones populares medievales²³. Tienen, en consecuencia, una actitud positiva frente a las posibilidades de superación y progreso de los pueblos, en base al cultivo y desarrollo de la virtud, tendencia planteada por Petrarca y sus seguidores, cuyo desarrollo llevó al campo teleológico al *vir virtus*²⁴.

La defensa del republicanismo de las ciudades-estado bajo medievales, no pudo sin embargo detener la ola de sustitución de las instituciones republicanas por regímenes principescos. Florencia, última abanderada del republicanismo, comenzó a sucumbir ante el avance de la signoria de Cosme de Médicis, aún antes que concluyan sus guerras con los Visconti de Milán, que habían sometido a buena parte de las repúblicas del norte de Italia, y que fue culminado por su nieto, Lorenzo el Magnífico hacia el año 1480. En Roma, asimismo, una sucesión de Papas enérgicos logró establecer su autoridad sobre la ciudad y sobre la Romaña entera. Por todos lados, con la sola excepción de la República de Venecia, el camino iniciado por Nápoles y Milán terminó por instaurar regímenes principescos. A ello debió aunarse la presencia extranjera, léase francesa y española, iniciada en 1494 y que contribuyó también al colapso final de las repúblicas italianas.

Machiavelo vivió en dicho tiempo. Él mismo sirvió como funcionario de la República Florentina en el período de dieciocho años comprendidos entre la caída de Piero de Medicis y la restauración de dicha familia en el Poder, bajo el auspicio del ejército español. Como los demás hombres de su tiempo, pudo observar la sujeción de las autonomías locales a los monarcas de Francia y España, cuyo nueva fuerza debíase significativamente a su concentración de Poder. Podía observar también el proceso de absorción de poderes locales producido en Italia, que lejos de llevar a la formación de un Estado Panitálico, había delineado una pluralidad

22 Quentin Skinner, Op.cit. pág. 60 y ss

23 Estas posiciones son tratadas con el debido detalle por George Sabine en su obra clásica "Historia de la Teoría Política" (Fondo de Cultura Económica, Primera Reimpresión de la Tercera Edición en Español, México, 1996). Al respecto, consideramos que existió una traslación compleja de criterios esbozados en una concepción de universalización existente en la Roma de Cicerón frente a la particularización que las repúblicas del Regnum Italicum habían efectuado frente al Imperio. Esto sin embargo era salvado con la defensa de las virtudes que según estos autores dieron su grandeza a la ciudad-estado romana.

24 Quentin Skinner, Op.cit. págs. 116-118.



de organizaciones políticas, conformando cinco estados principales, cuatro de los cuales quedaron sometidos definitivamente a regímenes principescos: Milán (La Lombardía), Florencia (La Toscana) y la República de Venecia, en el norte, los Estados Pontificios en el centro y Nápoles en el sur.

Esto revela también una segunda contraposición entre *Los Discursos* y *El Príncipe*. El primero mira hacia el pasado, hacia la tradición republicana que se extinguía irreversiblemente. El otro mira al futuro, a los nuevos principados cuya instauración correspondía al presente inmediato de Machiavelo. En *Los Discursos* recurre al nostálgico pasado romano, tal como su propio título lo sugiere, mientras que *El Príncipe* inaugura un estilo que lo hace moderno, de cara al futuro, pesimista, pero futuro al fin y al cabo. Por supuesto que en ambas obras existen elementos comunes, la trastocación de la escala de valores y la certeza de que lo bueno es siempre lo correcto y lo malo debe ser evitado, es igualmente parte de ambas obras, tanto como el valor de la coerción y el valor de las milicias nacionales. Pero siendo una aquella que podemos considerar como más próxima a sus preferencias personales, la otra viene a ser la que en forma realista tiene alguna perspectiva, de tal manera que aún él, funcionario de la defenestrada República Florentina se ve obligado a estudiar, a aconsejar y, aún más, a implorar entrar a su servicio (Del principado), puesto que los republicanos como él deben adaptarse a las nuevas circunstancias si es que quieren optar por un empleo, al no existir un régimen acorde con sus preferencias que pueda contar con sus servicios.

Desde el punto de vista del posterior pensamiento moderno, podemos afirmar que el republicanismo italiano del Renacimiento era un anacronismo, que correspondía en buena medida a una inclinación localista como antípoda de la idea de Imperio y que reproducía instituciones similares a las de las ciudades estado de la antigüedad clásica, posición intrínsecamente débil a la concentración de Poder que como producto del debilitamiento del Feudalismo se había producido en los países circundantes a la península itálica y que llevaría posteriormente a la consolidación de los grandes Estados Nacionales.

4.3.- El carácter omnímodo de la autoridad del Príncipe.- Resulta evidente que Machiavelo prescinde en el análisis del Poder Principesco de cualquier organismo o institución intermedia. Con excepción de la alusión a los poderes feudales que evitaban que el rey de Francia tenga un control omnímodo de su reino²⁵ efectuada en *Los Discursos* y que puede ser repetido como regla en casos similares, nuestro autor no parece reconocer límite alguno adicional al que le impone el uso de la fuerza militar y coercitiva, por un lado, y a la eficacia de saber medir la oportunidad de comportarse como zorro o león. Carl Schmitt sostiene al respecto que en *El Príncipe* Machiavelo aparece como un consejero del príncipe absoluto y que **el enorme éxito de la obra radica en que responde a la concepción del Estado de los siglos XVI y XVII, es decir a la concepción del naciente Estado moderno**²⁶. Siguiendo al mismo autor, este príncipe, descrito por el florentino, ejerce su Poder, aparentemente sin mayores restricciones basado no en el sustento de la dictadura republicana, es decir en la asunción de facultades extraordinarias, sino que por el contrario, el príncipe es soberano. En tal sentido ejercería su Poder no en virtud de facultades extraordinarias, sino en base a sus facultades ordinarias.

Este carácter omnímodo del príncipe de la obra, parece condecirse con la visión pesimista del ser humano que Machiavelo menciona y que reiteradamente es adoptada en todos los autores que defienden el absolutismo de la autoridad estatal como Lutero, Hobbes y Bossuet. Todos ellos, al igual que Machiavelo, su antecesor, reconocen la existencia de una naturaleza maligna del ser humano, que le hace preferir el mal al bien, la traición frente a la lealtad o la mentira frente a la verdad.

Machiavelo, sin embargo, en una actitud, no necesariamente coherente, considera que existe un espacio para el ejercicio de cualidades consideradas políticamente virtuosas, al referirse en el Capítulo V de *El Príncipe* a la conquista de estados acostumbrados a regirse a sus propias leyes en libertad, respecto a los cuales afirma que existe mayor valentía, odio y deseo de venganza que los llevan a luchar por la búsqueda de su libertad perdida²⁷, de tal manera que las únicas medidas que considera eficaces para su sujeción vendrían a ser o

25 Restricciones que terminarían por desaparecer durante el reinado de Luis XIV.

26 Carl Schmitt, Op. cit, pág. 38 y ss.

27 Machiavelo debió tener presente el caso de su propia ciudad de Florencia, cuyos sectores republicanos habíanse rebelado contra los Medicis poco después de la muerte de Lorenzo el Magnífico e instaurado durante dieciocho años un régimen republicano para el cual trabajó el autor, régimen el cual en el año 1512, en el cual se escribió *El Príncipe*, acababa de ser depuesto. Aún en el año 1527 los florentinos intentarían por última vez el restablecimiento de su república, que lograron durante un período efímero, luego del cual se disolvieron bajo la égida de los Medicis en el Ducado de Toscana.

bien desorganizarlos o bien trasladarse a vivir en ellos. De esta forma, el príncipe soberano requeriría rebajar las virtudes cívicas de su pueblo, en caso este haya sido capaz de autogobernarse como una república, a fin de mantenerlo dócil y acostumbrado a su dominio²⁸.

4.4.- El uso de la coerción interna y el poder bélico.- Isaiah Berlin resalta la contraposición entre la moral cristiana y la moral pagana que efectúa Machiavelo²⁹, de tal manera que la *virtú* de esta última aparecería en su obra como más apropiada, no sólo a la adquisición y conservación del Poder o la unidad panitálica, sino también a la vida cívica propiamente dicha, si es que nos atenemos a lo expuesto en *Los Discursos* y en la *Historia de Florencia*. Dentro de esta concepción Machiavelo llega a encontrar a los valores cristianos como débiles, poco viriles y enmolecedores de las virtudes cívicas propias de los antiguos romanos. De esta manera, otorga una importancia de primer orden a la política militar, la cual en opinión de Gerhard Ritter viene a ser el verdadero núcleo de sus doctrinas, tanto en la *Historia de Florencia*, en *Los Discursos* y en *El Príncipe*³⁰, de tal manera que al igual que Heráclito *“la guerra (Léase el conflicto) es el padre y rey de todas las cosas. A algunas ha convertido en dioses, a otras en hombre; a algunas ha esclavizado y a otras ha liberado”*³¹.

En lo que respecta a El Príncipe propiamente dicho, Machiavelo no hace una alusión directa a la contraposición de valores cristianos y paganos. Al contrario, el carácter aséptico, si bien no su aparente neutralidad, se mantiene aún en el Capítulo XXVI, cuando se refiere a la importancia de la coacción y la formación de una milicia ciudadana, en términos gruesos un ejército nacional. Rescata sin embargo el rol del conflicto como forjador del espíritu, tal como refiere en el Capítulo VI de la obra, en cuanto señala, refiriéndose al caso de Ciro que este *“...need to find de Persians rebellious against the empire of the Medes, and the Medes grown soft and effimante through the long years of peace.”*³² (El

subrayado es nuestro). A continuación, y aún cuando Leo Strauss disiente de la veracidad de esta afirmación, procede a afirmar que sólo los profetas armados vencen, mientras que los desarmados son vencidos, así como defiende la conveniencia de que el príncipe esté preparado a fin de que una vez desaparecida la convicción por persuasión a los pueblos se les pueda hacer creer a la fuerza (*they can be made to believe by force*); de este modo, los éxitos de César Borgia, descritos en el Capítulo VII, fueron todos ellos militares, no habiendo sido vencido sino por causa de la adversa fortuna.

Los capítulos X y XI también tratan el tema militar, pero donde este tiene un mayor detalle es el capítulo XII, en el cual se condiciona la existencia de buenas leyes a la existencia de buenas armas, lo cual se condice a su vez con lo expuesto en el Capítulo XVII, respecto a que es preferible ser temido que ser amado. Constituye este pues el planteamiento más claro de la coacción para el mantenimiento del poder de quien lo detenta.

Esto en cuanto se refiere a la coacción de la población del principado. Sin embargo el ejercicio de la fuerza no se limita a este mero campo interno, sino que está ligado directamente al carácter “nacional” de la obra de Machiavelo, en cuanto resalta el valor de las milicias de ciudadanos frente a las fuerzas mercenarias que puedan contratar los Estados. En efecto, esta concepción militar constituye un perfecto puente entre el pensamiento antiguo, puesto que la participación ciudadana en la defensa del Estado implica por un lado, una noción de libertad positiva, en tanto todos se encuentran en la capacidad de participar en la defensa de su organización política, mientras que por el otro responde a las nacientes concepciones del Estado Nacional moderno. De este modo en el Capítulo XXVI Machiavelo responsabiliza en buena medida la ruina y decadencia política de Italia como consecuencia del abuso en el uso de tropas mercenarias, carente de los sentimientos de apego y compromiso con el país al cual sirven.

28 En su Historia de Florencia Machiavelo afirma que una república con buena constitución, que en opinión de Gerhard Ritter viene a ser la primitiva república romana, ofrece mejores garantías para la duración de las instituciones, el aumento del poder externo y la legalidad de los asuntos públicos que las monarquías, siempre y cuando se trate de una república no corrompida, lo cual no habría ocurrido con la República de Florencia, si bien en este caso esta afirmación sería largamente dudosa puesto que la Historia de Florencia fue elaborada por encargo de los Medicis, quienes fueron los verdugos de dicha república.

29 Isaiah Berlin, Op.cit. pág. 139-142.

30 Gerhard Ritter, Op.cit. pág. 67.

31 Heráclito, fragmento N° 53. En Fragmentos, Orbis, Barcelona, 1983, pág. 220.

32 En el presente trabajo estamos utilizando el texto en inglés de *El Príncipe* detallado en una nota anterior por cuanto dicha edición se encuentra acorde a la numeración de las citas efectuadas por Quentin Skinner (Op.cit) ,cuyo texto ha sido de gran aporte para la realización del presente trabajo.



4.5.- La modernidad de la obra de Machiavelo.- Algunos autores han planteado la modernidad de Machiavelo en diversos aspectos, tales como una objetividad científica, que en estricto no resulta enteramente cierta; o en un desapasionado análisis, desmentido en el permanente horror que a Machiavelo le causaban ciertos acontecimientos contemporáneos a su obra y a la evidente instrumentalización de la historia para la consecución de sus fines, percibida por autores tan dispares como Gerard Ritter y Leo Strauss.

Conforme hemos visto en los sub-acápites anteriores, existen tres elementos en la obra de Machiavelo que en nuestro entender lo ubican en el lado de los pensadores modernos, los cuales vendrían a ser: La prescindencia de la idea del Imperio, la negación de la viabilidad de ciudad-estado y la autoridad omnimoda del príncipe. Estos tres elementos, junto con el elemento eslabón antiguo-medieval-moderno constituido por el papel de las virtudes militares y su aspecto coercitivo, interno y cívico-combativo externo, se encuentran ligados directamente con las teorías políticas indiscutidamente modernas que sustentaron al Estado Absoluto y que en el caso del florentino pasan necesariamente por el talante nacional del mismo. Dicho en otras palabras, es el carácter panitálico, como caso específico, que puede ser leído también con igual validez como panpolaco, pangermánico, panrumano³³, en genérico, por cualquier destinatario correspondiente a dichos pueblos, o que incluso bastante avanzado el siglo XVIII resultaba una realidad concreta y viable para un panperuanista como Juan Pablo Vizcardo y Guzmán³⁴. El llamado panitálico de Machiavelo no

viene a ser sino la expresión de conformar un Estado unificado con respecto al pueblo de Italia, tal como en el tiempo del florentino venía ocurriendo en Francia, España e Inglaterra, lo cual sólo podía concretarse a través de un régimen monárquico o de uno sólo en general y que correspondía al primer esbozo de lo que en el futuro vendría a ser llamado el Estado Nación y que en su obra se hallaba aún sumamente teñido de observaciones empíricas.

Machiavelo, de este modo concibe la necesidad de la conformación de las grandes unidades estatales, ajenas por igual a las nociones de Imperio y ciudad-estado y cuya estructura y fundamento serían desarrollados posteriormente en el mismo sentido en el cual lo intuía el florentino.

«...El Príncipe, delinea un primer nacionalismo, estructuralmente moderno, diferenciado de las identidades prevalecientes en la antigüedad y en el Medioevo...»

5.- A MANERA DE CONCLUSIÓN: LA CONFIGURACION DE UN NACIONALISMO PESIMISTA

Todo lo expuesto nos lleva a concluir que en la obra de Machiavelo, y especialmente en *El Príncipe*³⁵, delinea un primer nacionalismo, estructuralmente moderno, diferenciado de las identidades prevalecientes en la antigüedad y en el Medioevo. Si Machiavelo sólo puso por escrito un tema en el que cada vez más hombres ilustrados creían o si fue el que lanzó la primera piedra sobre un terreno insuficientemente fértil, no es un tema que pretendamos ni nos incumba resolver en el presente trabajo.

En cambio resulta de suma importancia distinguir entre este primer esbozo de nacionalismo y aquel nacionalismo clásico surgido a fines del siglo

33 El caso rumano, si bien tardío, guarda notables semejanzas con el caso Italiano. Georges Weill, en su obra "La Europa del Siglo XIX y la idea de Nacionalidad" (Uteha, México, 1961) relata como el pueblo rumano, dividido en los reinos de Valaquia, Transilvania y Moldavia, va cobrando conciencia de su identidad, basada en el orgullo de sus tradiciones romanas, su herencia latina frente al mundo de eslavos y magiares, pueblos bárbaros al fin y al cabo, que los rodeaban y que los habían dominado durante siglos. Al igual que en el caso Italiano, esta identificación implicaba establecer una continuidad entre la tradición de la Roma clásica con la Rumania moderna y especialmente en la figura histórica de Trajano como un remoto pero imprescindible fundador de su nacionalidad.


34 Juan Pablo Vizcardo y Guzmán en diversos documentos, incluida su Carta a los Españoles Americanos trabaja con la noción de Perú-Espacio Geográfico-Cultural -Histórico antes que con el Perú-Demarcación Política, de tal manera que hace coincidir el mismo con el territorio comprendido entre Quito y Tucumán. En este aspecto, el origen cusqueño del autor, que dentro de nuestro propio contexto y circunstancias correspondería al originario de la ciudad de Roma en Italia, facilitaría esta noción integracionista distinta a la visión minimista de los grupos hegemónicos que evitaron la concreción política de la unidad andina, con independencia de la denominación que adoptase.

35 Cabe recalcar un vez más que no es nuestra intención hurgar en la sinceridad o falsedad de este primigenio nacionalismo o en términos específicos panitalismo, sino en su planteamiento mismo.

XVIII y que tuvo entre sus grandes teóricos a Hegel. Este último parte de una visión ideal de la sociedad, del espíritu colectivo del planteamiento hegeliano, que sostuvo la idea del Volkgeist o espíritu nacional, que actuaba a través de los individuos pero como algo dado e independiente del mismo³⁶. En Machiavelo, en cambio, esta necesidad nacional partía de una identidad como pueblo, de Italia en el caso planteado por él, ante una necesidad políticamente apremiante, que era el de su supervivencia política frente a la fuerza desarrollada por la reciente integración de los Estados del Norte y Oeste. No resulta vano conjeturar que en caso no se hubiese dado el proceso de formación de los Estados Nacionales, constatación evidente para una mente agudamente observadora como la de Machiavelo, este hubiera preferido y considerado realizable aún el establecimiento de pequeñas repúblicas de ciudad-estado en la península Itálica, a una de las cuales, además, había servido.

Pero las circunstancias fueron distintas, y en este contexto, Machiavelo tuvo el mérito de distinguir entre las preferencias personales y la necesidad de las circunstancias. Aquel elaborador de reglas generales y ahistóricas, matemáticamente aplicables

a cualquier circunstancia y época, no puede escapar en este aspecto a una observación evolutiva, que lo llevó a intuir la diferencia de las nuevas formas políticas, las que unidas a un pesimismo antropológico previamente tratado, lo llevan a negar formas participativas de gobierno, basada en los ideales republicanos de la antigüedad clásica y a centrar su atención en el gobierno de los príncipes omnímodos.

Esta visión negativa del ser humano sería retomada posteriormente, primero por el pensamiento de la reforma protestante, inmediatamente posterior a *El Príncipe*, y posteriormente por los teóricos políticos que sustentaron el egoísmo del ser humano y la soberanía del monarca absoluto, como árbitro y rector de los destinos de la sociedad, los cuales toman en Hobbes una estructura racional y completa. De esta manera, Machiavelo no se encuentra de espaldas a las ideas desarrolladas durante los años que siguieron a su obra, sino que por el contrario se encuentra perfectamente engarzado con ella, y cuyos aspectos esenciales estaban ya perfectamente delineados por el florentino. 

36 George Sabine "Historia de la Teoría Política", Fondo de Cultura Económica, Tercera Edición, México, 1996, pags.474 y ss.